

## LA SILLA OSCILANTE

VÍCTOR MEZA

Cuentan los que tienen razones para saberlo que, en cierta legislatura, el presidente del Congreso Nacional acostumbraba mover su silla giratoria, ora hacia la derecha ora hacia la izquierda, según el mensaje que deseaba enviar a sus correligionarios. Ante una votación inesperada, el sabio presidente indicaba la forma más apropiada de votar: si se balanceaba hacia la derecha, el voto debía ser afirmativo; en cambio, si se inclinaba ligeramente hacia la izquierda - ¡cómo no! - el voto debía ser negativo. Y así, de esta forma tan primitiva como eficaz, el líder ocasional del parlamento orientaba a sus colegas de partido y les indicaba la forma en que debían votar.

La práctica no era tan original, según parece. Otros presidentes, de acuerdo a su capacidad de ingenio y habilidad gestual, también tenían sus métodos para enviar señales a los desconcertados votantes. Un movimiento de cabeza, una mano en la frente, el pañuelo al viento o la discreta caricia al micrófono fónico, han sido señales suficientes para dirigir las bancadas, conjunto de códigos artesanales que transmiten la decisión del dirigente, la recomendación calculada o la orden perentoria, según sea la importancia del asunto o la gravedad del caso.

A juzgar por la forma en que la actual cúpula dirigente del Poder Legislativo conduce las reuniones de la Cámara, haciendo gala de un verticalismo autoritario tan grosero como indebido, las cosas no han cambiado mucho. A pesar de que la composición del Congreso es hoy más plural que nunca y las cuotas de poder sectorial están hoy más distribuidas y fragmentadas que antes, el presidente del Poder Legislativo y sus adláteres no parecen haberse dado cuenta de ello. Siguen comportándose como en el reciente pasado, sin darse cuenta que, después de las recientes elecciones de noviembre/ 2013, muchas cosas han cambiado en la composición política del espacio legislativo.

Estamos en presencia de una contradicción manifiesta: hay una **nueva dinámica** política en la composición legislativa, pero sigue prevaleciendo el **viejo método** de conducción parlamentaria. Un sistema más plural y versátil, atrapado en el corsé de un procedimiento tradicional y obsoleto. Sistema versus método, un viejo dilema.

La diversidad partidaria requiere un manejo más abierto y democrático. Demanda nuevas formas de conducción política, una original y más ingeniosa

manera de procesar las discrepancias y los conflictos. Exige en el método la misma pluralidad y amplitud que se manifiesta en el sistema.

Si no se cambia el método, más temprano que tarde éste acabará por estropear el sistema, cortándole su potencialidad democrática y negando las virtudes que se desprenden del pluralismo político. La nueva dinámica, tan rica y variada como es, corre el riesgo de agotarse, asfixiada y debilitada, por las viejas y nocivas prácticas del autoritarismo político y el manoseo subterráneo. La silla oscilante, reforzada ahora por el garrote oculto. El balanceo del cuerpo, apuntalado por el dinero bajo la mesa y la amenaza latente. Los antiguos hábitos cerrando los caminos de la apertura y el cambio.

Si el presidente del Congreso no modifica su conducta ni cambia el estilo prepotente y monárquico que emplea para dirigir la asamblea, corre el riesgo de debilitar todavía más el órgano legislativo y, en consecuencia, fortalecer indebidamente los engranajes del Poder Ejecutivo. Si eso sucede, y de hecho ya está sucediendo, se generará un modelo de gobierno al estilo bonapartista y corporativo, en el que la figura del líder máximo, elevada por encima de los contendientes clave, asume en forma creciente un peligroso y amenazante rol arbitral que le convierte en el inevitable factótum del espacio político local. Algo así como un bonapartismo tropical, saturado de reminiscencias criollas y, por supuesto, matizado del color folclórico y artesanal del subdesarrollo. No es el bonapartismo clásico, tan bien descrito por Marx en el “Dieciocho Brumario”, ese formidable análisis de coyuntura política referido al golpe de Estado de Luis Bonaparte - “el pequeño sobrino del gran tío” - en la Francia de mediados del siglo XIX.

Si el honorable presidente del Congreso hiciera un esfuerzo para superar las presiones de su tentación autoritaria, quizás bien valdría la pena que intentara volver por los viejos fueros y recuperar la práctica aldeana de la silla oscilante o, en todo caso, la menos discreta y prudente de la caricia sigilosa del imprudente micrófono. El valor y calidad de la democracia bien valen ese pequeño sacrificio.